

El clero de Roma escoltaba procesionalmente el coche de S. S., que iba tirado por jóvenes, y rodeado por la guardia suiza con su antiguo uniforme. El teniente general Pignateli iba á caballo á la derecha del coche, y el comandante de la caballería austriaca á la izquierda, y los oficiales del estado mayor del ejército napolitano marchaban detras; la puerta estaba vistosamente adornada de flores, y las aclamaciones del pueblo eran generales. De un cabo á otro de la ciudad no se oia mas que un grito de ternura y de amor.

En la puerta del Pópulo el senado romano detuvo algunos instantes el coche del soberano Pontífice, y el Sr. Renaldo de Bafalo le dirigió estas palabras:

„Santísimo Padre: la religion triunfa, el mundo católico se regocija, y especialmente Roma, que es la silla del soberano Pontífice. Se refiere continuamente la magnánima constancia de V. S. durante las vicisitudes de la iglesia y de la soberania. El senado, en nombre del pueblo romano, pone á los pies de V. S. los testimonios de su vivo reconocimiento, y le presta sus homenajes y esta fidelidad, que siempre ha conservado en su corazon, asi como siempre ha dado en todas circunstancias pruebas nada equívocas de amor y de veneracion, y así se tiene por venturoso de expresarlo de nuevo al momento de vuestra vuelta, é implora vuestra bendicion paternal.”

S. S. se dignó oir con su acostumbrada bondad estas cortas palabras, á que respondió; „Yo doy gracias al senado romano de los testimonios que me ha dado en nombre del pueblo. Nada debe dirigirse á mí, sino todo á Dios.”

Con licencia del Sr. Comandante General.

IMPRESA DE LOS HEREDEROS DE MUÑIZ,
calle de la Traperia.

